

LAS METAS GENERALES DE DESARROLLO EN LA CONCIENCIA COLECTIVA LATINOAMERICANA

Por H. C. F. MANSILLA

Los aspectos centrales de los modelos de desarrollo más expandidos se han perfilado más nítidamente a partir de la llamada «crisis energética» (1973), en cuyo contexto se halla una modificación paulatina, pero importante, de las relaciones entre las naciones altamente industrializadas del Norte y las sociedades subdesarrolladas del Sur. La conciencia generalizada acerca de la incipiente escasez de recursos naturales ha acentuado y puesto en relieve algunas tendencias a mediano plazo que se pueden observar a partir de 1960 aproximadamente. Los grandes bloques ideológicos y militares que han existido desde la Segunda Guerra Mundial tienden a debilitarse progresivamente en las regiones periféricas no tanto por la dificultad de localizar política y militarmente los nuevos Estados dentro de las grandes zonas antagónicas de influencia, sino por la constitución socioeconómica de los mismos, poco proclive a ser clasificada según el esquema habitual capitalismo/socialismo. Este proceso es acompañado por un *consenso* creciente entre los países del Tercer Mundo, que es aún rudimentario y que se ha formado a pesar de considerables diferencias políticas, sociales y culturales entre aquellos países. Paralelamente se puede constatar un esfuerzo sostenido por una industrialización acelerada como núcleo de lo que se entiende hoy en día por «desarrollo». Y a partir de 1970, más o menos, numerosos Estados del Tercer Mundo colaboran en la construcción lenta pero continuada de nuevos bloques económicos y comerciales destinados a defender intereses y objetivos comunes en los mercados internacionales y a desplazar de ellos el predominio relativo de las naciones altamente industrializadas.

Lo notable en esta forma inicial de consenso reside en que estas operaciones comunes se realizan con un trasfondo de importantes diferencias po-

lítico-ideológicas y socioeconómicas y hasta de rivalidades manifiestas entre las sociedades periféricas. En contra de la mayoría de los análisis y pronósticos de proveniencia marxista o nacionalista de izquierda, se puede postular la hipótesis de que países con gobiernos conservadores y naciones con economía de mercado libre en el Tercer Mundo llevan a cabo una especie de cooperación permanente con regímenes socialistas y revolucionarios de las mismas periferias, proyectando una estrategia común de política económica con respecto a los centros metropolitanos. A largo plazo, la comunidad estructural de intereses y objetivos entre las sociedades periféricas parecería ser de más relevancia que la colaboración entre países de signos políticos y económicos afines pertenecientes a centros y periferias, aunque el enunciado de tal posibilidad se haga con la reserva pertinente. Sin embargo, una evolución de tal cuño parece contar con algo más de probabilidad en vista del debate sobre las condiciones del intercambio comercial en los organismos internacionales, de la conciencia popular sobre la política a seguir con las materias primas y de la dinámica generada por el proceso industrializador; por más limitado o meramente complementario que sea este último, coadyuva a crear un marco de referencia distinto con respecto a los centros metropolitanos y a fomentar posiciones autonomistas. En todo caso, parece poco acertado el explicar esta red complicada de relaciones e interdependencias con los esquemas sencillos de la *Teoría de la Dependencia* o variantes contemporáneas de las teorías del imperialismo; la congruencia de principio supuesta entre centros y periferias «capitalistas» o entre las metrópolis y las élites «burguesas» de los países subdesarrollados no dispone de una base amplia empírica e histórica.

La colaboración incipiente entre regímenes muy diversos y el énfasis en proyectos de industrialización están estrechamente relacionados con la concepción general sobre progreso reinante en el Tercer Mundo. El avance económico-tecnológico ha adquirido una importancia tan elevada como esencia misma de progreso, que la cooperación con regímenes diferentes aparece como un movimiento permisible de estrategia política y el distanciamiento de la metrópoli dominante como una posibilidad que a la larga vale la pena. La consecución del adelantamiento económico pasa a ser la encarnación real de los valores de orientación positivos por encima de las diferencias político-ideológicas, objetivo al que está subordinada toda actividad, incluyendo el orden social interior y las alianzas internacionales. Lo negativo absoluto se manifiesta en la falta de crecimiento, en tasas bajas de incremento económico y en la ausencia de los frutos materiales del progreso. Para todas las corrientes importantes de opinión en el Tercer Mundo, el *crecimiento cero*, preconizado por algunos científicos preocupados por la crisis ecológica, re-

presenta el valor negativo y execrable por excelencia; las diferencias entre estas corrientes empiezan recientemente en la determinación de los métodos para alcanzar el progreso material y en la configuración del marco socio-político correspondiente.

Es importante señalar que estas diversas líneas políticas en América Latina presuponen implícitamente que el progreso material es el motor y la meta de la evolución histórica y que existe un vínculo causal e indefectible entre el adelantamiento económico-tecnológico y el desenvolvimiento social, político y cultural: la expansión de los modos más avanzados de producción traería consigo la democracia política y la cultura para las masas. Esta visión unilateralmente optimista de la historia reproduce, con una buena dosis de ingenuidad, un aspecto central del pensamiento predominante en las metrópolis durante el siglo XIX: la unidad de crecimiento y democracia, pese a que esta convicción está sometida a una crítica cada vez más severa en las naciones altamente industrializadas.

En las periferias mundiales y en América Latina en particular se da la situación paradójica de que la conciencia intelectual se entrega a un verdadero *dogma del progreso* en nombre de ideales revolucionarios y de reivindicaciones sociales, cuando en los centros metropolitanos, que anticiparon el desarrollo moderno, ya ha surgido una amplia conciencia crítica sobre los posibles efectos negativos e irracionales derivados del avance económico-tecnológico. Los tonos antiimperialistas y los esfuerzos por una evolución autónoma y diferente de la cultura metropolitana ocultan la admiración no relativizada del progreso material y la bagatelización de los lados negativos del mismo. La conciencia intelectual en América Latina, tanto en sus posiciones conservadoras como en las revolucionarias, comparte la creencia de que el proceso histórico coloca a cada sociedad ante problemas que ésta, con ayuda de la tecnología del día y de la correcta línea política, siempre puede resolver con todo éxito.

Esta posición acrítica y de claro carácter imitativo es la consecuencia de la adopción de paradigmas exógenos de desarrollo, sin considerar el cuestionamiento de que son objeto en el lugar de su origen y sin modificarlos esencialmente al trasplantarlos a las periferias mundiales. Ninguna de las grandes culturas surgidas en los territorios que hoy componen el Tercer Mundo ha podido desarrollar en forma autónoma una dinámica expansiva e industrializante como las modernas sociedades occidentales ni tampoco una estructura compleja basada en el avance científico-tecnológico y combinada con intentos de participación política democrática. Ante los éxitos a escala mundial del modelo occidental y las presiones claramente imperialistas, las naciones periféricas no han sabido o no han podido encontrar otra respuesta que imi-

tar el paradigma metropolitano, haciéndolo pasar por la evolución histórica ineludible e intrínseca de todos los pueblos y dándole en las esferas secundarias de la política (en sentido restringido) y de la cultura rasgos de autotonomismo y espíritu nacional, no exentos de aspectos pintorescos o grotescos. En todo caso, una vez establecido un vínculo permanente y casi siempre asimétrico entre las potencias del Norte y las sociedades meridionales, se puso de manifiesto la inviabilidad de un desarrollo exitoso y promisorio que pretendiese seguir fielmente las líneas de la evolución inmanente de la nación respectiva. En cuanto a modelos realmente originales de desarrollo, se ha podido constatar un verdadero vacío, relleno habitualmente por una fraseología muy abundante de carácter tecnocrático o revolucionario, destinada a demostrar como intrínseca e inevitable la adopción del modelo metropolitano de modernización. El derrumbe de los imperios coloniales y la reducción de la influencia de Europa Occidental no pueden ocultar el éxito ni la relevancia del paradigma allí originado de la modernización industrializadora.

En las periferias mundiales el contenido mismo de los modelos de desarrollo está, pues, estrechamente ligado a lo ya alcanzado por los centros metropolitanos, máxime si actualmente las interrelaciones existentes permiten una rápida difusión de pautas de orientación y consumo y si los efectos de demostración han tenido consecuencias tan universales como devastadoras en la conciencia colectiva del Tercer Mundo. La adopción de tales pautas y modelos de carácter exógeno tiene, como precondition de su buen funcionamiento, sin embargo, que suceder paralelamente a ideologías y teorías históricas de índole justificatoria, de las cuales no ha habido ninguna escasez en el área latinoamericana.

Los paradigmas de desarrollo están basados en dos grandes metas, cuya validez sobrepasa diferencias ideológicas y cuyo origen se remonta a la evolución de Europa Occidental:

1) La consecución del nivel tecnológico-económico de los centros metropolitanos por medio de una modernización tan masiva como acelerada, que incluya ante todo el proceso de una industrialización de amplia base y que está destinada, a largo plazo, a alcanzar el nivel de vida de las naciones altamente desarrolladas.

2) La consolidación y expansión del Estado nacional, que aspira a hacer más extenso, efectivo y poderoso el aparato burocrático y de administración pública, para tomar a su cargo la movilización de recursos, el elevamiento del propio país en el concierto de naciones y la obtención de una relativa autarquía económica.

La consecución de ambas metas —industrialización y efectivización del Estado— tiene lugar en medio de una atmósfera altamente emocionalizada y

dentro de un marco de complejas relaciones entre los ideales de la mentalidad colectiva. En primer lugar, «la batalla por el desarrollo» transcurre desde el fin de la Segunda Guerra Mundial con carácter de extrema urgencia, como si un ritmo lento y cualquier retraso en la construcción económico-material del progreso significasen un daño irreparable para el funcionamiento de la sociedad entera y para la identidad misma de la nación. En segundo término, aquellas metas han adquirido el carácter de lo obvio, indefectible e irrenunciable, tomando una fuerza claramente *normaliva* al determinar los valores por los cuales se orienta la conciencia colectiva y los criterios por los cuales se juzga toda evolución histórico-social. En tercer lugar, esos objetivos disfrutaban de un amplio consenso en todo el espectro político desde el tecnocratismo conservador hasta el socialismo guevarista. Naturalmente que los caminos para alcanzar tales fines exhiben notables diferencias según la línea ideológica, pero el énfasis similar en la necesidad del progreso material alude a una comunidad de intereses que es de importancia central para determinar el precio del progreso y la relevancia de consideraciones ecológicas.

Lo más notable de todo este complejo reside probablemente en el hecho de que los valores normativos del desarrollo tienen un carácter eminentemente prelógico: al igual que las pautas orientadoras de la conciencia individual, aquellos valores no representan criterios surgidos de la discusión crítica y de un proceso autónomo y racional de elucidación de objetivos alcanzables, sino paradigmas originados en instancias exógenas, cuya autoridad y validez están garantizadas por la mayor antigüedad, el éxito y el peso económico y político de las sociedades de procedencia. Debido al viejo vínculo con las naciones occidentales y a la relación subordinada con respecto a éstas, la conciencia colectiva en el Tercer Mundo ha internalizado como propias las metas de desarrollo a lo largo de un proceso prerracional, secular y profundo, y ve ahora en ellas los modelos de acción que hay que seguir sin ponerlos fundamentalmente en cuestión. Se reproduce así una situación asimétrica similar a la existente en la conciencia individual, en la cual las normas del super-ego son respetadas en virtud de su carácter patriarcal y hasta atávico. Las metas de desarrollo adquieren así una autoridad comparable a la de los valores centrales y las normas principales que conforman el super-ego individual, con un mecanismo semejante que asegura su vigencia e impide su crítica. Debido a que estas pautas de orientación no son, en su conjunto, un producto de un análisis racional de las posibilidades propias ni menos aún una consecuencia de la evolución histórica anterior a la penetración metropolitana, constituyen los paradigmas del preconsciente colectivo una instancia poco accesible a los argumentos del discurso racional. Por ello, es comprensible que desde las propias posiciones de la conciencia colectiva latino-

americana no se hayan hecho cuestionamientos acerca del contenido mismo de las normativas ni sobre su amplitud en casos más concretos, y que simultáneamente a los modelos metropolitanos se les haya atribuido la cualidad de procesos iguales a las leyes de la naturaleza.

La fuerza normativa de los paradigmas se manifiesta cuando el contenido de éstos es presentado como el anhelo colectivo irrenunciable: un anhelo que es visto como un elemento derivable de la propia tradición y no como una magnitud derivada de los efectos de demostración a partir de los centros metropolitanos. Toda la inmensa literatura científica y popular en torno a la «autenticidad» del desarrollo a que se aspira, a las «alternativas» con respecto a la evolución dependiente, a las «nuevas perspectivas» de los proyectos autoctonistas y al «reto» que conforma presuntamente el camino acelerado hacia el progreso (1) no representa, en el fondo, más que variaciones sobre la mejor manera de inducir en América Latina un proceso comparable al metropolitano, adornado con abundantes aspectos exteriores y llamativos de lo que se llama la «autenticidad nacional».

El parámetro central para medir todo movimiento histórico evolutivo es el concepto dual *subdesarrollo/desarrollo*; su utilización no solamente por parte de la teoría de la dependencia, sino también por todas las agrupaciones significantes en el Tercer Mundo, puede indicar someramente hasta qué grado los logros e ideales metropolitanos han pasado a ser los lugares comunes de la conciencia colectiva en América Latina (2). En el binomio subdesarrollo/desarrollo es evidente que el primer término concentra en sí todos los fenómenos y hechos negativos, que deben ser superados lo más pronto posible, y que el segundo encarna todos los elementos positivos y deseables, cuya realización debe ser la preocupación práctica de toda la población con «conciencia histórica y revolucionaria» en el Tercer Mundo. Empero, como el contenido del segundo término está predeterminado por el nivel más alto alcanzado en el mundo, es decir, por el metropolitano, se puede afirmar que todo este sistema de pensamiento y la programática respectiva están referidos a un marco teórico y a un horizonte de expectativas que se ha organizado en el área situada entre San Francisco y Moscú (3).

(1) Cfr. un ejemplo representativo de esta tendencia en AUGUSTO SALAZAR BONDY: «La alternativa del Tercer Mundo», en JORGE BRAVO BRESANI y otros: *El reto del Perú en la perspectiva del Tercer Mundo*, Moncloa-Campodónico, Lima, 1972, págs. 99-118.

(2) Cfr. el estudio introductorio de GER VAN ROON: *Europa und die Dritte Welt* (Europa y el Tercer Mundo), Beck, Munich, 1978.

(3) MANFRED MOLS: «Zum Problem des westlichen Vorbilds in der neueren Diskussion zur politischen Entwicklung» (Sobre el problema del modelo occidental en la nueva discusión acerca del desarrollo político), en *Verfassung und Recht in Übersee*, vol. 8 (1975), núm. 1, pág. 5.

El dilema fundamental tanto del pensamiento histórico-científico como de los programas de desarrollo consiste en que todos ellos intentan una definición de lo propio y genuino y un establecimiento de objetivos con un amplio sentido autonomista, pero no alcanzan otra cosa que tomar y adaptar los parámetros y resultados de las zonas más evolucionadas del planeta. Toda la crítica al imperialismo y todo distanciamiento con respecto a la civilización del Norte no puede encubrir la dependencia de las aspiraciones de desarrollo con respecto a lo que se ha construido en las naciones altamente industrializadas; la identidad misma en las periferias mundiales es una contradicción, formada por el rechazo verbal de los rasgos centrales de la civilización metropolitana y por la adopción efectiva de los logros de esta última como metas a seguir. Se puede, entonces, afirmar que los principales modelos de desarrollo en América Latina, incluyendo a la Revolución cubana, están *fijados negativamente* a los valores de orientación de las naciones más evolucionadas, sean éstas de régimen socialista-estatal o de economía de mercado. En la autodefinición de las sociedades periféricas se halla, desde el núcleo mismo, esta falta de plenitud en su identidad, compensada deficientemente o por el ensayo de revivir tradiciones y valores del pasado, o por una ideología radical y revolucionaria, o por una combinación de ambas corrientes. En todo caso, los países del Tercer Mundo carecen, como anota Manfred Mols, de una «autonomía de objetivos» (4).

La falta de metas realmente autónomas aparece en forma drástica en los binomios que ha creado la literatura latinoamericana crítica y revolucionaria en ciencias sociales para marcar los polos de la evolución en el Tercer Mundo. Los términos *centro/periferia*, en primer lugar, exhiben ya esa característica: aunque fueron acuñados en sentido crítico para denominar una asimetría esencial en el contexto internacional, el concepto de «periferia» engloba a los factores negativos, subordinados, de segunda clase y antiparadigmáticos, mientras que «centro» incluye a lo positivo, dominante, de primera categoría y ejemplar. Por un lado, la preocupación práctica que se desprende de los juicios normativos de valor de la teoría de la dependencia y de otras corrientes afines es la de eliminar la condición de periferia lo más pronto posible, tratando para ello de obtener los rasgos que definen los centros. La «superación de la situación periférica» se concibe aparentemente por medio de una evolución a cuya terminación las sociedades meridionales hayan adquirido los caracteres principales de los centros actuales. No se trata, probablemente, de construir nuevos núcleos de irradiación imperialista (lo que agradecería a no pocos Estados del Tercer Mundo), sino de alcanzar un grado

(4) *Ibidem*, pág. 11.

de adelantamiento económico y autonomía política comparable a los países que hoy en día conforman la estructura metropolitana.

Cuando los teóricos de la dependencia emprenden un examen crítico de las diferencias entre los «países progresistas, industrializados y económicamente desarrollados» del Norte y los «países subdesarrollados, pobres y dependientes» del Sur (5), es suficientemente claro qué grupo de naciones encarna el paradigma de desarrollo. Los valores negativos están, de modo concreto, representados por ingresos bajos, crecimiento lento, inestabilidad, desequilibrios regionales (6), por la dependencia con respecto a sociedades externas y por la dependencia tecnológica (7), y por la combinación de economía de exportación con consumo de lujo (8). Los valores positivos se encuentran en el proceso de desarrollo que conduce a la autosuficiencia (9), en el fortalecimiento de la nación-Estado y en la homogeneidad de la estructura socioeconómica (10), en una tasa continua de crecimiento (11), en el elevamiento general del nivel de vida, en la diversificación de la economía, en mejores *standards* de cualificación profesional y en un uso óptimo de todos los recursos (12).

En el marco de este estudio no se pone en cuestión el alcanzar muchos de estos objetivos e incorporarlos a la realidad del Tercer Mundo. El análisis de los mismos persigue un mayor esclarecimiento del complejo problema de la identidad misma de las naciones periféricas en una época de rápidos cambios sociales y un acopio de elementos de juicio para una evaluación más so-

(5) OSVALDO SUNKEL: «Transnationale kapitalistische Integration und nationale Desintegration: der Fall Lateinamerika» (Integración capitalista transnacional y desintegración nacional: el caso de Latinoamérica), en DIETER SENGHAAS (comp.): *Imperialismus und strukturelle Gewalt* (Imperialismo y violencia estructural), Suhrkamp, Frankfurt, 1972, págs. 258-315.

(6) *Ibidem*, pág. 259.

(7) THEOTONTO DOS SANTOS: «La estructura de la dependencia», en SWEEZY, WOLFF, DOS SANTOS y MAGDOFF: *Economía política del imperialismo, Periferia*, Buenos Aires, 1971, págs. 43-63.

(8) SAMIR AMIN: «Zur Theorie von Akkumulation und Entwicklung in der gegenwärtigen Weltgesellschaft» (Sobre la teoría de acumulación y desarrollo en la presente sociedad mundial), en DIETER SENGHAAS (comp.): *Peripherer Kapitalismus* (Capitalismo periférico), Suhrkamp, Frankfurt, 1974, pág. 78.

(9) TH. DOS SANTOS: *Op. cit.*, págs. 60 y sigs.; O. SUNKEL: *Op. cit.*, pág. 268.

(10) SUNKEL: *Ibidem*, págs. 288, 311; CELSO FURTADO: «Externe Abhängigkeit und ökonomische Theorie» (Dependencia externa y teoría económica), en SENGHAAS (comp.): *Imperialismus...*, *op. cit.*, págs. 316-334.

(11) TH. DOS SANTOS: *Op. cit.*, pág. 62.

(12) JUSTINIAN RWEYEMAMU: *Underdevelopment and Industrialization in Tanzania. A Study on Perverse Capitalist Industrial Development*, Londres, 1973, págs. 103-180.

bria de las perspectivas históricas de América Latina. La crítica a las creencias generalizadas sobre desarrollo y progreso no debe ser interpretada como un rechazo de todo intento de modernización o como una adhesión velada al arcaísmo, sino como un intento de explicar el trasfondo y los intereses que están vinculados a la programática autonomista y a las teorías antiimperialistas que pretendidamente combaten todos los aspectos de la civilización metropolitana. Si no existe otra alternativa que la de reproducir los elementos esenciales del proceso de modernización, adaptado a las necesidades regionales en sus aspectos secundarios, este hecho no tiene que ser envuelto en un espeso velo de ideología autoctonista y revolucionaria y de fundamentación pseudocientífica según la moda del día, pues justamente este proceder oscurecerá las pocas posibilidades de lograr diversidades regionales en los procesos contemporáneos de modernización.

Con la reserva impuesta por la escasez de investigaciones sobre esta materia, se puede postular la tesis de que la mayoría de las sociedades del Tercer Mundo han experimentado una crisis de identidad desde que entraron en contacto con las culturas expansivas y exitosas de los centros metropolitanos y especialmente cuando las elites en las periferias mundiales se distanciaron de sus propios valores y tradiciones evolucionarias y adoptaron, de modo creciente, las normas y los ideales de las metrópolis. Esta crisis es sentida más intensamente en los periodos en los cuales las dificultades para esta aceptación de valores son reconocidas por audiencias cada vez mayores, dificultades que se derivan de un empeoramiento en las relaciones comerciales o del cuestionamiento de tales normas de parte de los partidos e intelectuales revolucionarios. A pesar de importantes diferenciaciones, se puede suponer que la nueva identidad, común a partidos y movimientos de relevancia en el Tercer Mundo, se centra en torno a un intento de modernización siguiendo pautas metropolitanas en el terreno económico-tecnológico y a un ensayo de autoctonismo en el área político-cultural, la cual se desplaza frecuentemente hacia modelos socialistas y nacionalistas de izquierda (13).

El carácter fundamentalmente ambivalente y problemático de esta nueva identidad no puede pasar inadvertido. A pesar de su crítica radical a casi todos los aspectos de la «cultura dominante», los intelectuales progresistas del Tercer Mundo —y particularmente los de América Latina— no se salvan del reproche de que sus concepciones de desarrollo permanezcan fijadas negativamente a los logros de los incriminados centros metropolitanos: el atra-

(13) Cfr. CHARLES WILBER: *The Soviet Model and Underdeveloped Countries*, Univ. of North Carolina Press, Chapel Hill, 1969; SALIM IBRAHIM y VERENA METZEMANGOLD: *Nichtkapitalistischer Entwicklungsweg* (Vía de desarrollo no capitalista), Kopenhuer, Colonia, 1976, págs. 103 y sigs. y 107 y sigs.

so de los propios países es *definido* principalmente en comparación con los avances de las metrópolis —el subdesarrollo significa, por ende, la distancia que separa las realidades de las periferias, consideradas como negativas, de los niveles alcanzados en el Norte, que devienen así las normas paradigmáticas. Concretamente, los valores de orientación más caros a la conciencia colectiva latinoamericana (acumulación de capital, industrialización sobre una base amplia, crecimiento continuado, modernización de las pautas de comportamiento hacia eficiencia y rentabilidad, fortalecimiento del aparato estatal y tendencia a la autarquía) son los factores definitorios de las sociedades metropolitanas y sus más importantes creaciones históricas.

El más importante de todos estos procesos es indudablemente la industrialización. La intelectualidad latinoamericana no la considera generalmente como un fin en sí mismo, sino como el prerequisite para un mejoramiento permanente del *standard* de vida, para la realización de la justicia social y para alcanzar un nivel general compatible con la dignidad de la nación. Pero aun con la vista en tales objetivos ulteriores, el énfasis en la industrialización supone que todos ellos pueden ser considerados como los productos laterales casi automáticos del desarrollo económico-tecnológico —el pensamiento ortodoxo marxista-leninista desde la Revolución de Octubre ha mostrado las consecuencias de esta suposición—. Las ideologías progresistas latinoamericanas, fijadas al programa de industrialización completa, atribuyen toda clase de efectos, cualidades y tendencias *positivas* a este proceso, dificultando así *a limine* el reconocimiento de los factores causantes de los desequilibrios ecológicos y del agotamiento de recursos naturales. Si la industrialización es tan necesaria como benéfica, y si ambas calificaciones no llegan a ser relativizadas por ninguna crítica seria y permanente, se solidifica una creencia básica e indisputable acerca de las bondades positivas de la civilización industrial y se abre la puerta a una bagatelización de principio de los riesgos de contaminación y destrucción que ella conlleva. La conexión entre ecología y política se da hoy en día a través de los problemas suscitados por los intentos industrializadores y por los programas de *apertura* de todas las áreas aún no tocadas por el progreso. También en América Latina hay que buscar las causas de las crisis ecológicas graves en los proyectos de modernización acelerada.

A partir de la Segunda Guerra Mundial se ha ido precisando el contenido específico de modernización e industrialización que sirve de paradigma en América Latina. El acento está desde entonces centrado en la creación de una industria pesada y de bienes de capital, relegando a segundo término la industria de bienes de consumo. No se trata, evidentemente, de que en la realidad latinoamericana todos los esfuerzos se hayan volcado hacia la cons-

trucción de una industria pesada en detrimento de otras formas de producción; como se sabe, el desenvolvimiento industrial en América Latina se manifiesta, en su mayor parte, en la industrialización del agro, en la fabricación de bienes de consumo y en las industrias llamadas intermedias. Pero la intención generalizada a largo plazo, los esfuerzos teóricos y las aspiraciones colectivas —y de alguna manera las líneas subyacentes a la planificación para el futuro— se refieren a un tipo ideal de industrialización que está encarnado por la elaboración de bienes de capital y por las modernas industrias siderúrgica, química y eléctrica, tal como éstas se dan en los centros metropolitanos. Corrientemente se estima que el crecimiento de una industria pesada suministraría a los otros sectores económicos el impulso de desarrollo adecuado y significaría, por tanto, la superación de la situación de dependencia. Arturo Urquidi, uno de los promotores de la reforma agraria en Bolivia, escribió que la meta de desarrollo es la «industrialización plena y auténtica», cuya autenticidad consistiría en una industria pesada y no en una «mera» industria de montaje o ligera (14). El ex presidente argentino Juan Domingo Perón manifestó al explicar su programa reformista que «o conseguimos construir una industria pesada nacional o debemos renunciar a toda industria» (15). El partido boliviano Movimiento Nacionalista Revolucionario hizo aprobar en su programa la noción de que «la industrialización constituye el único y verdadero camino de la liberación nacional»; allí se halla también la identificación de «desarrollo moderno» con «industrialización masiva y competente» (16). El historiador argentino Jorge Abelardo Ramos, de observancia marxista, propuso como objetivo el «propulsar enérgicamente la industrialización, luchando para continuar sin vacilaciones el desarrollo de la industria pesada» (17). El teórico chileno de la dependencia Osvaldo Sunkel considera igualmente que la creación de una industria pesada es la condición básica para un crecimiento autosostenido (18).

Después de la industrialización, los programas de modernización incluyen ante todo el postulado —más teórico que efectivo— de la autosuficien-

(14) ARTURO URQUIDI: «Latinoamérica y el 'crecimiento explosivo' de su población», en *Praxis*, vol. 1, núm. 1, La Paz, mayo 1964, pág. 18.

(15) J. D. PERÓN: «Discurso ante la Asamblea de Industriales», en CONFEDERACIÓN DE LA INDUSTRIA: *Memoria anual de 1953*, Buenos Aires, 1953, pág. xxviii.

(16) *Programa esquemático de gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario*, Dirección General de Informaciones, La Paz, 1964, págs. 17-25.

(17) J. A. RAMOS: *De octubre a septiembre*, Peña-Lillo, Buenos Aires, 1974, página 321.

(18) OSVALDO SUNKEL: «El subdesarrollo dependiente en América Latina», en CARLOS NAUDÓN (comp.): *América 70. Servidumbre o independencia en la presente década*, Santiago de Chile, 1970, págs. 68-71.

cia a largo plazo y el de la ampliación del poder estatal. Mientras que el paradigma de una cierta autarquía queda, en los procesos incipientes de desarrollo, como un valor de orientación bastante abstracto y sin consecuencias concretas, la consolidación y expansión del aparato del Estado se revela como un postulado de enorme importancia teórica y práctica. No solamente en los países del Tercer Mundo con gobiernos socialistas o afines se puede constatar una dilatación notable de las funciones del Estado centralizado, sino también en aquellas sociedades que aún dicen pertenecer al área de la economía de mercado y de la iniciativa privada, por razones bien conocidas: debilidad de las elites empresariales indígenas, falta de recursos humanos y financieros para tareas de cierta envergadura, la influencia de los consorcios privados extranjeros y la complicada trama de estratos sociales e intereses regionales que han impedido en muchos países el surgimiento de una clase política eficiente y dinámica. Un Estado fuerte está, según las suposiciones generalizadas en América Latina, en mejores condiciones de establecer el marco de relaciones sociales e infraestructura técnica necesario para un desarrollo de corte neocapitalista; un aparato estatal altamente centralizado sirve igualmente a los designios de tendencia socialista o nacionalista de izquierda. Además, una burocracia bien organizada, cuya autoridad penetre en todos los niveles y áreas de la sociedad, cuya administración funcione de acuerdo a los principios de la racionalidad instrumental y cuyo aparato posea los instrumentos pertinentes y el personal de confianza indispensable, será casi siempre capaz de inducir un proceso acelerado de modernización, de movilizar todos los recursos y de controlar eficazmente a la población, cumpliendo así los objetivos que corrientemente se esperan de un Estado moderno dinámico, aun cuando su proceder exhiba claros signos autoritarios y antidemocráticos. Criterios, empero, como la participación efectiva de la población en las decisiones políticas o el cuestionamiento del principio mismo de rendimiento no son, manifiestamente, elementos de juicio relevantes en el pensamiento y en la praxis actuales, tanto desde el punto de vista de la tecnocracia conservadora como del socialismo burocrático-estatal. (Naturalmente que existen muchas otras corrientes de pensamiento que las esbozadas en este estudio, especialmente con respecto al desarrollo y a los métodos de construcción dentro del campo socialista y marxista. Pero estas concepciones no tienen mayor importancia en la praxis, permaneciendo habitualmente restringidas a la esfera de los cenáculos literarios. Por ello son exceptuadas rigurosamente del presente análisis.)

Para muy diferentes líneas políticas, un Estado fuerte puede servir igualmente para mejorar la posición de la nación respectiva en el orden internacional; en todo caso, un debilitamiento consciente del aparato estatal o un

desplazamiento efectivo de sus funciones a entes descentralizados y autogestionados no ha sido, en el área latinoamericana, objeto de ninguna medida efectiva en la praxis. La inclinación por un Estado fuerte y eficaz se ha convertido en tan extendida que sería hoy extremadamente difícil, aun entre los grupos que más favorecen a la iniciativa privada, el encontrar una opinión proclive al Estado guardián antiintervencionista de corte liberal clásico. Las diversas corrientes políticas de importancia práctica se diferencian entre sí por la utilización desigual que pretenden hacer de un aparato estatal sólido y moderno; la reorganización prolija de éste según los principios de rendimiento y rentabilidad no es un punto central de controversias.

Las consecuencias de este postulado para la problemática ecológica son ciertamente ambivalentes. Un Estado fuerte no es, habitualmente, una instancia que se deja influir por pequeños grupos, por particulares o por intereses marginales, y hasta hoy la causa de la protección ecológica y de la limitación del crecimiento ha sido una ocupación de poquísimas personas y asociaciones con un poder de negociación extremadamente bajo. Una burocracia segura de sí misma y con considerable poder propio no es propensa a escuchar argumentos ajenos, y menos aquellos que contradicen o que sencillamente no son congruentes con las grandes líneas del pensamiento pragmatizado y fuertemente instrumentalista. Medidas de protección ecológica representan, por lo general, un aumento gratuito de los costos de producción y un factor difícilmente cuantificable para las tendencias instrumentalistas de toda burocracia; todas las reflexiones ecológicas pueden ser, entonces, fácilmente confundidas con especulaciones sin base empírica y material. Precisamente las tecnoburocracias (19) modernas y dinámicas se caracterizan por el empleo de parámetros de corte empírico-utilitarista y por la supresión de todo dato incapaz de ser formalizado según los principios de costos y beneficios. En el caso latinoamericano en particular, es de esperar que toda modernización del aparato burocrático y toda consolidación del poder estatal sean empleadas en forma acelerada para la consecución de un mejor desarrollo económico-tecnológico, y, como este postulado tiene una marcada preferencia y urgencia sobre todos los otros, que sean descartados por obsoletos la mayoría de los argumentos en pro de medidas de conservación ambiental.

Un Estado dinámico, por otra parte, tiene la posibilidad de incluir numerosos parámetros en su trabajo de planificación económica y de dar cierta importancia a criterios que se refieran a la conservación de recursos naturales a largo plazo; una dirección inteligente y de espíritu amplio está probable-

(19) Cfr. MANUEL GARCÍA-PELAYO: *Burocracia y tecnocracia*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, *passim*.

mente interesada en salvaguardar el patrimonio nacional en una dimensión un poco más allá de las previsiones normales de la planificación convencional y la explotación ilimitada de recursos. Por razones utilitaristas igualmente, pero referidas a una perspectiva histórica más amplia, una burocracia medianamente esclarecida podría considerar en sus proyectos los efectos destructivos de la expansión industrial descontrolada, los daños causados a los diversos sistemas de nuestra biosfera y el posible agotamiento de ciertas materias primas. Sin embargo, los programas de modernización acelerada tienen en Latinoamérica un marcado carácter de urgencia inaplazable, ante la cual todas las reflexiones de índole ecológica y proteccionistas deben retroceder indefectiblemente. El ansia de alcanzar lo más pronto posible el nivel ya logrado en las metrópolis mundiales hace que todas las corrientes relevantes en la política latinoamericana vean en la problemática ecológica un asunto secundario y subordinado y en las medidas de protección al medio ambiente un lujo que las sociedades en vía de desarrollo no debían permitirse.